

cial papel un aventurero, sin fe, pero con gran instinto militar y que consideraba su papel en la revolución, que aspiraba á dominar, como una intriga enorme, Dumouriez, primero encargado de la diplomacia (había sido espía en tiempo de Luis XV), luego de la guerra, y al fin del mando del ejército.—Los sucesos se precipitaban; Francia, surcada de grupos de voluntarios, vibraba de exaltación y patriotismo; la Asamblea multiplicaba sus medidas de rigor contra los emigrados: expatriación, confiscación, Muerte. Estos pensaban lo mismo, preconizaban el mismo sistema, y si hubiesen triunfado, en vez de un terrible terror rojo, habría habido un espantable terror blanco. París, gobernado por Danton y su estado mayor de tribunos y de hombres de acción y de presa, batía con sus oleadas el palacio del rey.

Las traiciones en la frontera, los primeros conatos de guerra civil en el interior, caldearon más los ánimos; la Asamblea decretó la formación de un campamento de voluntarios junto á París y una nueva persecución contra los sacerdotes católicos; el rey no quiso sancionar los decretos y despidió á los Girondinos. Entonces la insurrección, que ya se podía considerar en permanencia, envió su primer ejército á las Tullerías; el Rey, coronado con el gorro frigio, se manifestó estoico y sereno, al grado de obligar á los foragidos que lo rodeaban, al respeto; la reina estuvo noble y valiente.—Pero el combustible formaba ya aglomeración inmensa; Lafayette, indignado, escribió desde su campamento, frente al enemigo, una carta de felicitación al rey y otra conminatoria á la Asamblea; las tropas huían ante los invasores, los jefes traicionaban; el pueblo llegó á la demencia cuando se propagó el manifiesto del jefe del ejército invasor, el príncipe de Brunswick, que afirmaba que los soberanos aliados iban á restablecer el antiguo régimen y amenazaba á París con la destrucción si ultrajaba al rey.—La contestación de París fué el 10 de Agosto. Los arrabales decretaron la deposición del rey; Danton instaló una Comuna insurrecta en el Hotel de Ville y el pueblo asaltó y tomó las Tullerías defendidas por unos cuantos suizos y nobles; la Constitución había concluído su efímero y borrascoso reinado; el complot de la monarquía contra la patria estaba desbaratado. La familia real, en espera del fallo nacional, fué encerrada en la vieja fortaleza del Temple.

4. *La República; la invasión rechazada.*—La Asamblea no gobernaba, gobernaba la Comuna insurrecta de París. El ministerio girondino rehecho después del 10 de Agosto, nada podía contra ella; mucho menos cuando tenía en su seno al verdadero jefe de París insurrecto, á Danton. Este, en el fondo, humano, sensato, patriota hasta la médula de los huesos, lleno de perspicacia política, hombre de Estado genial, pero rudimentario, obligado á la

violencia para conservar su popularidad y poniendo al servicio de sus ideas la menos clásica y la más tumultuosa elocuencia que hubiese resonado en una Asamblea, no pudo ó no supo reprimir la tentativa criminal que desde la Comuna dirigían, por medio de la excitación y del miedo popular, Marat, un hemodipsómano, Collot y otros bebedores de sangre; ellos, forjando la leyenda de la conspiración de las prisiones atestadas de hombres y mujeres sospechosos de monarquismo, *en los primeros días de Septiembre organizaron el asesinato en masa* y mataron, durante tres ó cuatro días, centenares de inocentes; en la Francia entera resonó un grito de horror, de que se hizo eco la generosa Gironda, que anatematizó á Danton.—Entretanto el ejército de la revolución, abandonado por Lafayette que había querido sublevarlo, esperaba á los prusianos en las alturas de Valmy, y ahí rechazaba á Brunswick y á la invasión. «En este día, decía á sus compañeros el gran poeta alemán Goethe, que venía con los invasores, una nueva era comienza en la historia del mundo, y vosotros podéis decir: hemos asistido á su nacimiento.» (V. *Aulard op. cit.*; *Sorel L'Europe et la Revolution*; *Chuquet, Les guerres de la Rev.*)

LA CONVENCION.

(1792-1795.)

1. Los Jacobinos.—2. La Guerra.—3. La muerte del Rey y la Coalición reorganizada.—4. La Convención y la Comuna.—5. El Terror; la dictadura de Robespierre.—6. El Comité de salvación, la guerra civil y el ejército nacional.—7. Thermidor, la Reacción.—8. La obra de la Convención.

1. *Los Jacobinos.*—Las elecciones se hicieron en medio del tumulto causado en Francia por el peligro de la Patria y la caída de la monarquía. La mayor parte de la nación electora se abstuvo; los comités electorales, dominados generalmente por los exaltados y bajo los auspicios del *club de los jacobinos*, mandaron á la *Convención* (así iba á llamarse la nueva Asamblea constituyente) un grupo considerable de jóvenes que reforzaron los antiguos núcleos *girondinos* y *montañeses* y que debían disputarse la dirección de la masa de diputados de la llanura, que tuvo también un temperamento más exaltado que en la anterior Asamblea.—En la carencia casi absoluta de gobierno legal, se había formado en los departamentos un *gobierno extra-oficial* que se fundaba en tres elementos: su organización, que abarcaba la Francia entera y que ponía detrás de cada pequeño club local á todos los clubs de la nación y al omnipotente de París; la audacia y exaltación de sus individuos que atraía en torno suyo á los grupos de acción de la plebe en delirio; el miedo de los empleados que se sentían vigilados, denunciados y perdidos si desobede-

cían la voluntad de los sicofantes del club y el miedo de las gentes pacíficas, de los burgueses propietarios, de los hombres moderados. Este fué uno de los graves males de la revolución, el más grave de todos, *el miedo civil* de la gran masa de la población; si la revolución pudo por desgracia ser un *terror* para acabar por fuerza en una *anarquía*, fué por el miedo de la mayoría; bien comprendieron esto los Jacobinos, bien lo comprendió Napoleón.—A los Jacobinos (nombre que tomaron del local del antiguo convento en que se reunían en París) pertenecieron todos los partidos amigos de las reformas. Fué un club, á imitación de los ingleses, establecido por los liberales burgueses y nobles, en los momentos en que se preparaba la gran crisis de 89. Desde su fundación se ramificó en toda Francia y, paso á paso, como que estaba destinado á tratar de los mismos asuntos que los legisladores, se constituyó en una Asamblea al lado de la otra; y como deliberaba bajo la presión de las multitudes parisienses, sus jefes le dieron un impulso cada vez más violento. El Club de los Jacobinos organizó las sediciones, los tumultos en París y en otras ciudades; organizó luego la insurrección en permanencia con los Girondinos para derrocar la monarquía, con los Montañeses para darles el gobierno de Francia. Todos cuantos aspiraban á medrar á la sombra de las pasiones populares, se afiliaron en esta enorme asociación y lograron constituir así, no una mayoría (en realidad, hasta en París mismo sólo fueron una minoría exigua), pero sí una minoría á que nadie resistía. Un gran pensador francés, Taine, que ha hecho la más profunda historia crítica de la Revolución, y que á fuerza de apurar el análisis científico de aquel gran período, ha llegado á construir de él una síntesis perfectamente inexacta, ha trazado en términos definitivos la psicología del jacobino: salido de las densas filas de los inclasificados sociales, la revolución despertó en él ambiciones inmensas; trató de satisfacerlas sin otras ideas que las que formaban el *substratum* de las dotrinas de Rousseau: humanidad, igualdad, soberanía del pueblo; pero marchando de deducción en deducción, el jacobino, mientras más exaltado era, más extremaba su teoría lógica, sin tener en cuenta los hechos; «soberanía del pueblo, luego el pueblo está por encima de todos los derechos, luego puede revocar á su antojo sus mandatos, luego una fracción del pueblo es más soberana que un grupo de individuos.» La Constitución absurda de 93 es el símbolo político del jacobinismo.—Pero en cambio, ¿qué poder en estos nuevos puritanos para remover con ideas por tal extremo simples, las pasiones de las masas; qué fe en sí mismos y en los destinos de la Revolución; con qué rapidez la hicieron tocar en las profundidades de la capa social; cómo supieron convertirla en una religión y en un interés; con qué audacia hicieron á la nación cómplice momentánea

de su programa implacable! Sus jefes eran hijos de aquellos legistas de la Edad Media que pusieron al servicio de la monarquía una saña tan áspera y tan llena de argucia y sutileza en contra de la Iglesia y el feudalismo; de Guillermo de Nogaret á Merlin de Douai, la filiación es clara, como lo es entre los comisarios que la Convención mandaba á las fronteras y á los departamentos y los implacables inquisidores que extirparon del mediodía de Francia la heregía de los albigenses. Pero *los jacobinos contuvieron la disolución inminente de la nación francesa; que ya no gobernaba nadie, que la guerra civil tendía á desmembrar; á la indómita energía de estos hombres se debió la concentración formidable de esfuerzo que permitió á la revolución ahogar la guerra civil y vencer á Europa.*

2. *La guerra.*—Los jacobinos habían complicado á la nación en los intereses revolucionarios precipitando todas las medidas que destruyeron el feudalismo, que extinguieron los tributos de trabajo personal (*corvées*) y de auxilio en numerario (*aides*): el exactor desapareció; en cambio el campesino se apoderó de las tierras confiscadas á la Iglesia y á los emigrados, y la pequeña propiedad, nacida antes de la revolución, pero popularizada por ella, fundó la futura riqueza del pueblo francés. Las insensatas amenazas de los emigrados, el manifiesto de Brunswick (redactado en términos que el príncipe alemán reprobó, como aficionado á las reformas que era, pero que se vió obligado á firmar) hirieron en sus intereses más positivos á la nueva nación, que se levantó como un solo hombre, sistemáticamente exaltada y rugiendo el nuevo canto de los ejércitos cívicos: «Marchemos, hijos de la Patria, despunta el día de la gloria; la tiranía erige frente á nosotros su sangriento estandarte... ¿Para quiénes son esás cadenas, ha largo tiempo forjadas? ¿Para nosotros, franceses! ¡Oh! ¡ultraje! ¡horror! aun se nos considera capaces de volver á la servidumbre antigua. A las armas, ciudadanos. Marchemos..... que la sangre enemiga calme la sed de nuestros campos.» Los voluntarios venían de todas las regiones francesas, y al compás de aquellas estrofas épicas, tomaban su puesto en el combate mezclados á las tropas de línea cuyo aliento renovaban y de las que recibían el espíritu de disciplina. Estas tropas, conducidas por Dumouriez, vieron la fatigosa retirada de los prusianos, á séguida de Valmy, invadieron Bélgica y se adueñaron de ella, después de haber pasado por encima de los austriacos vencidos en Jemmapes (Noviembre de 92).—Entretanto, algunas de las principales ciudades del Rhin caían en poder, no sólo de los franceses, sino de la revolución, que encontraba en todas partes grupos de celosos devotos, como en Maguncia, en Savoya, en Niza, donde los generales republicanos eran recibidos como hermanos. Así comenzaba la gue-

rra de expansión, prólogo de la de conquista, y la Convención, declarando con suprema imprudencia que la nación francesa acordaría fraternidad y socorro á cuantos pueblos quisieran recobrar la libertad, enarbolaba la bandera de la Revolución Universal. En esto había, sin embargo, mucho de retórica; la mayoría belga se sintió herida por los jacobinos en sus creencias católicas y todos en sus ilusiones cuando se vieron obligados á sostener al ejército emancipador; Dumouriez clamaba contra aquella opresión, y desde entonces dominó en su cerebro de aventurero la idea de adueñarse del gobierno, fiado en su inmenso prestigio militar y acaso estimulado por uno de sus oficiales que se había portado heroicamente en Jemmapes, el joven duque hijo de Felipe de Orleans, que ya se apellidaba Igualdad, el futuro rey Luis Felipe. Así es que, por un fenómeno sorprendente, por aquella época, servían en el ejército republicano un futuro Emperador, Bonaparte, y tres reyes futuros: Murat, rey de Nápoles; Bernadotte, rey de Suecia, y Luis Felipe, rey de los franceses.

3. *La muerte de Luis XVI y la nueva Coalición.*—Al reunirse la Convención había proclamado la República: la monarquía y la aristocracia estaban vencidas. La Convención usó dura, pero justamente de su victoria. Contra los emigrados, ya lo dijimos, fué implacable; haciendo uso exactamente de los mismos procedimientos que los reyes de Francia, y sobre todo Luis XIV, habían empleado contra los que consideraban enemigos públicos (como los protestantes después de la revocación del edicto de Nantes), la Convención decretó una confiscación en masa, y estos decretos, admirablemente reglamentados por los legistas de los comités, poniendo en venta los bienes de los emigrados para destinar el producto á sostener la guerra contra el extranjero, en cuyas filas figuraban los despojados, operaron la más vasta dislocación de propiedades que se había visto y empeñaron al pequeño propietario en la defensa de su propiedad nueva. Por eso, como hemos dicho, al primer grito de la patria en peligro, en menos de tres semanas, cien batallones se alistaron, armaron y pusieron en camino.

La monarquía fué castigada en el infortunado Luis XVI, tan inerte, tan flojo de pensamiento y de voluntad en la gran crisis y tan noble en su agonía de rey y de cristiano. El proceso de Luis XVI no fué un juicio, fué un acto político en que girondinos y jacobinos se empeñaron á porfía: los primeros en no perder su popularidad, pero con la ilusión de hallar un medio supremo de salvarlo, y los segundos, en romper toda esperanza de concierto entre la Revolución y los reyes y obligar á la República á buscar la salvación en su propia energía, llevada á la desesperación, energía de que ellos eran los aterradores apóstoles.—La Convención fundó su acusación en violaciones de la Constitu-

ción que ella misma violaba con sólo su existencia; Luis se defendió con esa misma detestada Constitución que lo hacía inviolable; él, hijo del antiguo régimen, no se sentía culpable de sus connivencias con el extranjero (que negó, aunque eran muy ciertas) porque él era la nación antigua, y la nueva y verdadera nación se erguía ante él con un derecho superior. Era el nuevo derecho público en lucha con el antiguo. Robespierre resumió la cuestión en una de sus terribles y sutiles arengas: «No se trata de un proceso, decía; Luis no es un acusado; vosotros no sois jueces, sois hombres de Estado que representáis á la nación. No vais á pronunciar una sentencia, sino á tomar una medida de salvación pública, á ejercer un acto de providencia nacional.» Luis fué condenado; unos querían aplazar la ejecución, otros pedían la confirmación del voto de la asamblea por el voto popular. Los montañeses, con sombría destreza, lo precipitaron todo, y en medio de una población entre delirante y estupefacta, el último rey absoluto fué guillotinado el 21 de Enero del tremendo año de 1793.—La Convención, arrancando el manto real á Luis XVI, había descubierto en él al hombre bueno, víctima del destino, y despertado en la humanidad culta una inmensa piedad hacia él. Es cierto que con el rey guillotinado había muerto para siempre en Francia la monarquía de derecho divino, pero no lo era menos que este acto fué la premisa forzosa de la muerte de la República, porque hacía obligatoria é indefinida la guerra, y la guerra, en las democracias, es infalible engendradora de tiranos; muerto Luis XVI, ó Europa triunfaba y la revolución perecía, ó Francia triunfaba y perecía la República; ó Brunswick ó Napoleón.—En el club de los jacobinos se llamaba al rey de Inglaterra Jorge III (de la casa de los güelfos de Hanover) el señor Güelfo, como se llamaba á Luis XVI el señor Capeto, y el señor Güelfo hacía largo tiempo que deseaba la guerra y abominaba á los revolucionarios; pero el admirable hombre de Estado que entonces gobernaba en Inglaterra, el segundo Pitt, más grande quizás que su padre, empeñado por entero en las reformas interiores, en mejorar la situación de Irlanda, en restablecer el crédito, en proteger el comercio bajando las tarifas, en dar un gobierno propio á algunas de las colonias inglesas (el Canadá), en ampliar el sufragio público, en proteger á los habitantes de la India contra la crueldad de los agentes ingleses (proceso de Hastings) y en iniciar, en compañía de Wilberforce, el santo de la filantropía, la abolición de la trata de negros, se mantenía estrictamente neutral frente á la Revolución, frío ante los elocuentes conjuros de Fox y los que simpatizaban con el gobierno revolucionario, é indiferente ante los terribles anatemas de Burke contra la revolución. El pueblo inglés lo seguía, y sobre todo la clase mercantil, que era su apoyo, porque todo era ga-

nancia para ella en la espantosa debilidad que la anarquía debía producir en Francia.—Mas los primeros resultados de la guerra de expansión inquietaron al ministro y al pueblo, y cuando murió Luis XVI, víctima de una sentencia que Pitt llamó en la tribuna «el crimen más odioso y atroz que hay en la historia,» la ruptura entre las dos naciones fué inminente, no por la muerte del rey, sino por la invasión de Holanda; Inglaterra dejaría de ser lo que era si hubiese permitido á los franceses dominar Anvers y Amsterdam; esto era imposible, y el pueblo inglés siguió á su gran *leader* en las combinaciones de guerra contra Francia. Era lo más grave que podía suceder á la República naciente; era la Coalición, desbaratada de hecho por las mutuas desconfianzas de Austria, Prusia y Rusia, que atisbaba los últimos restos de Polonia, reorganizada por el oro inglés. Eso significaba las costas asaltadas, las colonias capturadas por las flotas inglesas, y la rebelión, que se desencadenaba en todo el Oeste, auxiliada y fomentada sin cesar, mientras la invasión se renovaba: era más; era la guerra con España, cuyo gobierno, después de un período no poco benévolo para con la revolución, durante el ministerio del conde de Aranda, había caído bajo la tutela del favorito Godoy. Con motivo del proceso del rey, había presentado Carlos IV su *ultimatum* á la Convención y aglomerado sus tropas en los Pirineos; mas la guerra con España era, sin duda, la guerra con Nápoles y Portugal, todo ello amparado y suscitado y sostenido por Inglaterra.—Eso lo veían bien los convencionales; pero nada intimidaba á aquellos soberbios teóricos resueltos á sepultarse en las ruinas de Francia; sabían que ellos no alcanzarían misericordia; tampoco la tenían. Para colmo de males, Bélgica pretendía sacudir el yugo de los que le habían prometido la independencia y la extorsionaban á porfía; el ejército, desatendido por los demagogos prevaricadores y fanáticos enviados por el inepto ministro de la guerra, se moría de hambre y desnudez, perdía el primitivo entusiasmo y se desorganizaba; Dumouriez que pretendía invadir Holanda, era vencido en Neerwinde; poco después desocupaba Bélgica y se ponía de acuerdo con el príncipe de Coburg, que mandaba á los austriacos, para marchar sobre París con su ejército y disolver la Convención, proclamando la monarquía ¿de quién? probablemente de su ayudante el duque de Chartres. Mas Dumouriez, que puso traidoramente en manos de austriacos á los comisarios de la Convención, tuvo al fin que pasarse al enemigo, porque su ejército, vacilante al principio, se irguió al fin ante él y le obligó á huír: aquel aventurero del antiguo régimen, que luego en el extranjero conspiró sin cesar contra su patria, no creía que la patria estaba en su campamento y que á su invitación infame respondería: no.

4. *La Convención y la Comuna.*—Entretanto llegaba al paroxismo la lucha entre los girondinos, dueños de los empleos y fuertes con el apoyo de la *llanura*, y los montañeses, cuyo ejército era París mismo: en vano habían resonado voces de concordia; habíanse perdido en el fragor de aquella tempestad perenne. Danton insinuó primero, instó, casi suplicó á los girondinos que se aliaran á él para salvar la República é impedir *el terror*; fué inútil: Mad. Roland no transigía con el asesino de Septiembre, y sus amigos los girondinos la siguieron. Sin embargo, Danton, ese tribuno que hablaba como truenan las nubes de borrasca, que jugaba con las pasiones populares, era *el político*; despreciaba instintivamente las utopías, buscaba en la guerra formidable la paz segura, comprendía que una democracia puramente militar cae en la tiranía; la revolución era para él un régimen de transición; era preciso fundar la República normal, y sobre todo, salvar á su tierra, salvar á Francia; porque lo que descuella en el alma del tremendo demagogo es *el patriotismo*; antes que todo es un francés; por eso es tan grande. El organizó el primer *Comité de salvación (de salut publique)* y lo dirigió; este comité estaba encargado del poder ejecutivo; deliberaba en secreto y tomaba, á reserva de informar á la Convención, cuantas medidas eran necesarias para la defensa exterior é interior. El organizó *el tribunal revolucionario* para juzgar á los enemigos de la patria y deportarlos ó matarlos; puesto que Francia era una ciudad sitiada, necesitaba su corte marcial contra los conspiradores (ya entonces era conspirador todo aquel que no compartía las ideas del grupo de exaltados triunfantes). Con esto, con los Comisarios de la Convención, especie de procónsules que tenían verdaderos poderes dictatoriales en el ejército y los departamentos, la Convención, obligada á organizar un gobierno, improvisó, como dice un historiador, un gobierno más directo, más sencillo, más despótico y más poderoso que cuantos la revolución había destruído.—La frontera abierta é indefensa, gracias á la traición de Dumouriez; el carácter sanguinario y atroz de la insurrección vandeana; la coalición tratando en Anvers del desmembramiento y conquista de Francia, produjeron uno de esos tremendos accesos epilépticos del populacho de París, que se iba reduciendo á la hez, á lo inferior, al lodo sanguiento del albañal demagógico, á medida que las columnas de hombres bravos y patriotas salían para la campaña, así como la Convención quedaba sin lastre, á medida que los Comisarios (cerca de noventa) volaban á las fronteras, uniendo la heroicidad del deber militar á la ferocidad de la acción civil. El resultado de este acceso de París y de la declaración de guerra entre Danton y los girondinos fué la expulsión de éstos de la Convención por la Comuna en plena rebelión. Ni la elocuencia de Vergniaud, ni la exaltación amenazante